

ches de integridad catoniana;—pero si que fué beneficiosa su gestión en la averiguación de los fraudes á la hacienda Real, que hoy llamaríamos *filtraciones*. De todas suertes, va mucha diferencia de Quevedo gobernante á Quevedo autor de *La política de Dios*.

Si en esto se prestó Quevedo á las miras del grande Osuna, tampoco anduvo remiso en asociarse á su vida privada, asaz más libre y rota de lo que convenría á hombre colocado en tan alto solio. Misteriosas aventuras nocturnas y públicos galanteos escandalosos fueron el tributo que pagó la fogosa complexión de Quevedo al aire muelle y tibio de Nápoles. Aquella amistad íntima y estrecha entre poeta y magnate se completó, cual la del duque de Sessa y Lope, por medio de la confianza y mancomunidad en negocios de galantería, mancomunidad que siempre humilla algún tanto al establecerse entre el superior y el subordinado, aunque las ideas del siglo xvii fuesen en este punto bastante menos rigi-

das que las admitidas hoy. Lo único que me mueve á advertir esta similitud entre Quevedo y Lope, es el anatema fulminado contra este último, acusado de tercera vergonzosa cuando el Sr. Barbieri publicó su correspondencia; el mismo anatema lanzado contra Quevedo por el libelista Fulvio Valerio.

Bullía entonces en la mente de Osuna el deseo de echar por tierra el señorío marítimo de la república veneciana. Quevedo se adhirió á este plan con el mismo ardor que á todas las empresas de su dueño, y ejerció misión diplomática cerca del Papa, y tornó á Madrid con buena provisión de unto dorado, á fin de hacerse los lares propicios. Fué su viaje no menos arriesgado que el primero, y su estancia en Madrid otro chapuzón en el cielo de aquel cohecho descaradísimo; una distribución de ducados á derecha é izquierda, una lluvia de oro que recogieron en sus arremangadas faldas las impúdicas Danaes de la corte. Entre chirigota y chirigota, Quevedo va untando el carro,

como si tuviese vocación especial para este ministerio.

Servicio que no sé si llame propio de conciencia más elástica, fué el que prestó Quevedo con objeto de facilitar el enlace del marqués de Peñafiel, hijo del duque de Osuna, con la hija del duque de Uceda, boda muy conveniente á la seguridad del turbulento virrey. Es el caso que el joven marqués andaba prendadísimo de cierta doña Julia, y negábase á dar su mano á la hija del favorito. Parvidad de materia para los escrúpulos que se gastaban entonces: Quevedo trazó el raptó de la dama—por más señas que costó dos mil ducados—y doña Julia desapareció de Madrid, y su enamorado, á la fin y á la postre, llevó al altar á la señorita de Uceda.

En esta época de la vida de Quevedo (digo el tiempo de su absoluta privanza con el grande Osuna) hay tal plenitud, tal riqueza épica, que aun comprendiendo que no siempre se puede cohonestar ante la moralidad la conducta de Quevedo,

también creo que el hombre superior que interviene como actor principal en casos tales, ha de salir de ellos dueño de un caudal riquísimo de experiencia, y además grandemente corroborado en voluntad y energía. ¿Donde hay interés mayor que el de la lucha secreta, cuerpo á cuerpo, entre Quevedo y la república veneciana, á quien Fernández-Guerra califica de "república ramera," y que, ramera ó no, cruel y falsa, romántica y misteriosa, me parece siempre una hermosísima Salomé del Ticiano, que fascina la imaginación y los sentidos del artista?—El hidalgo español (pero un hidalgo español podía en el siglo xvii emprenderlo todo) osaba poner asechanzas al poderío de la reina del Adriático, de la cual dijo (con admirable penetración de la pérvida duplicidad, del caracter de *abismo del mar* que distingue á Venecia en la historia) que era "el chisme del mundo y el azogue de los principes; una república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar; más dañosa á los amigos que á los enemi-

gos, y cuyo abrazo es una guerra pacífica».

Cuando Quevedo regresó á Italia, cumplida su segunda comisión de *untos* en Madrid, la gente andaba alborotada contra los españoles, por los manejos de Venecia y del duque de Saboya. Llovían libelos y proclamas, y Merimée supone con razón que en esta guerra de pluma no había de quedarse atrás Quevedo. Quedan de entonces escritos y papelones á favor de España, donde se cree reconocer las huellas de la pluma del "poeta de cuatro ojos".—Poco se tardó en pasar de las palabras á las obras.—A fines de Mayo de 1618, Quevedo entraba disfrazado en Venecia, en momento tan crítico y arriesgado, que de los secretos cónclaves de los Diez y de la fértil imaginación de un fraile (no sin algún fundamento que presartían los hechos) salía la célebre conjura de Venecia, cantada por Saint-Real. En la plaza de San Marcos, la brisa marina oreaba racimos de ahorcados; las mudas paredes de los horribles calabozos

subterráneos, ó *pozos*, parecían estremercarse con los gemidos de las víctimas hacinadas allí; en las canales flotaban cadáveres, y Jacques Pierres, metido en un saco, era arrojado al fondo del mar.—Este lujo de terror tenía por objeto desbaratar el complot que se suponía fraguado contra la ciudad de los Dogos por España y el virrey de Nápoles. Quevedo debió su salvación en tan extremo peligro á aquello mismo que ha salvado y salvará su gloria en el terreno de las letras: á un disfraz picaresco y popular, á los andrajos de mendigo con que se vistió y que burlaron á los esbirros encargados de co-serle á puñaladas. El consejo de los Diez hubo de contentarse con quemar á Quevedo en efígie, en la plaza pública.

Respecto á lo que hubiese de verdad en la tal conjura, considero que anda más cerca de la razón Merimée que Fernández-Guerra, pues este último cree que fuese todo pura invención ó ardid del gobierno de la "república ramera," y aquél hace la natural objeción de que, si

no había sombra de ningún manejo sospechoso por parte de Osuna, mal se explica la presencia de Quevedo en Venecia, disfrazado y cubierto de harapos, en momentos tan críticos. Punto es este que tenía, según afirma Merimée, la virtud de volver al locuaz y desenfadado Quevedo mudo como la tumba. Lo más probable parece que no era el Gobierno español, sino Osuna mismo, por miras particulares, quien algo urdía contra el veneciano poder. "Quevedo—añade Merimée—pudo entonces haber sido víctima de la imprudente ambición de su amo..." Vieja historia de los instrumentos demasiado dóciles, de la masa sobrado dúctil en manos de los poderosos. Si en ella imprimen hierro de hostia, santificanla; pero ¡ay si en ella quieren marcar signo de infamia!— Ya por entonces no germinaba, sino que bullía en el cerebro de Osuna la idea que expresó un aristocrático poeta, diciendo:

«Fué tan humilde, que el Rey
le dió oficio de virrey,
y aspira á dos letras menos.»

En los conatos de independencia de Osuna no puede decirse, sin embargo, que, como en el obscuro negocio de la conjura, le auxiliase Quevedo; antes parece que desde el punto en que se hicieron sospechosos á España los manejos y armamentos del virrey de Nápoles, enfrióse algún tanto su amistad con el poeta. Comisionado éste por tercera vez para defender al Duque y sostener su influencia en Madrid, no tarda mucho en sustituirle nuevo emisario, y así concluye la historia de una privanza florida en la copa y amarga en la raíz, como suele ser el favor dispensado por los príncipes y magnates de la sociedad á los príncipes y magnates del ingenio. "Después de cinco años de servicios; después de tanta negociación importante y tanto riesgo corrido; después de haber aventurado vida y honra, volvía (Quevedo) mal visto de los gobernantes, abandonado de su protector, perseguido por odios implacables y dejando en pos de sí, en tierra italiana, fama de audaz aventurero, de esos que

lo mismo sirven para un fregado que para un barrido. ¡Bien cara pagaba Quevedo la admiración de algunos académicos *ociosi* de Nápoles, y la trivial cortesía del Padre Santo!„

Este período de la vida de Quevedo, que termina con su destierro á Uclés y su confinamiento á la Torre de Juan Abad, es sin duda alguna el que más pone de manifiesto la inconsistencia de su carácter. Adaptándose siempre á la voluntad de Osuna, Quevedo soborna é intriga, si sobornar é intrigar le mandan; cultiva el placer y la disipación, si el Duque está de humor de solazarse, y se disfraza para misteriosas conjuras si el Duque siente prurito ambicioso. En una sola cosa no se desmiente ni se contradice: en el desahogo del ingenio y en el denuedo y bizarría con que se juega la vida. Y esto es, no ya lo bastante, sino lo que sobra para hacernos simpática la personalidad del „brazo derecho„ del grande Osuna.

El confinado que se consumía en la Torre de Juan Abad vió lucir aurora de nue-

va esperanza cuando bajó al sepulcro el pío Felipe III y se inauguró el reinado de Felipe IV de la extraña y dramática manera que refiere Fernández-Guerra, después de narrar cómo vino á tierra el valido duque de Uceda, cómo D. Rodrigo Calderón entregó su cuello al verdugo „y los poetas lloraron como cocodrilos al que vivo habían comido„, según frase de Quevedo. „Estrépito de cerrojos y cadenas; tropel de alguaciles, estoques y alabardas, cercando casas de próceres y ministros, ó llevándolos por las calles públicas en mitad del día, alternaron con las fiestas y vítores de un pueblo que saludaba el sol de un nuevo reinado.„ Quevedo lo saludaba también. En desgracia bajo Uceda, iba á gustar otra vez con Olivares las dulzuras del cortesano favor. „Quevedo no perdió el tiempo: apenas llegaba á la Torre de Juan Abad la noticia magna, y ya dedicaba á Olivares la *Política de Dios*, que tenía manuscrita. El poner bajo la égida del nuevo favorito un tan violentísimo ataque contra los favoritos, era ar-

did juntamente mañoso y osado. La fecha del libro hacía imposible todo error: las alusiones críticas no podían referirse al nuevo gobierno; y con todo eso, el autor adoptaba más diestras precauciones: celebraba, como Tácito, la bonanza de los tiempos, y se congratulaba de que, al fin y al cabo, sería libre el pensar y el decir, ¡caso en España raro y venturoso!.

Muy poco después comentaba Quevedo la carta del rey D. Fernando el Católico y la enviaba á D. Baltasar de Zúñiga, con deliberado propósito (en este particular están conformes Fernández-Guerra y Merimée) de atizar la persecución contra el cardenal duque de Lerma, persecución que bien podía acabar en el cadalso. ¡Rasgo ingrato que pinta la apasionada y borrascosa índole de Quevedo! Además, la paráfrasis terminaba en postulación. Quevedo pedía se le alzase el entredicho. La obra aduladora se completó en los *Anales de quince días*, tan distantes de la noble y severa imparcialidad del historia-

dor, á pesar de las protestas de "intención desinteresada y ánimo libre."

Merimée nota sagazmente la suma habilidad con que sabe Quevedo expresarse respecto del prendimiento del duque de Osuna, á fin de no quedar mal con él y quedar todavía mejor con los que le prendieron; y también nota cómo en los *Anales* formula implícitamente contra el Duque graves é insidiosos cargos. Verdad que esta culpa supo Quevedo purgarla exhalando, al morir el Duque, aquel elegiaco clamor:

«Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas:
Diéronle muerte y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la fortuna...»

La rara franqueza y humor de Quevedo se transparentan en la carta con que remite al duque del Infantado los *Anales*. "Vea vuecelencia—le dice—si algo puede perjudicar á mi libertad, y táchelo de prisas antes que se trasluzga y me pretendan aumentar el peso del infortunio; que si bien es de gloria el martirio, aún no deseo

la palma. Y haga porque vaya pronto á servirle, no sea que se quede sin criado, porque de puro guardado se apolille, ó porque me aficione tanto á la clausura, que acabe en fraile quien nació para diablo. Confía sólo en vucelencia este triste pájaro, que mal avenido con jaula propia, desea ir á acariciar á su amo. „ Nadie negará que esto más parece filosofía cínica que filosofía estoica. Y sin embargo, el que por rasgos de esta especie condene á Quevedo á perpetua bajeza, errará; pues una de las condiciones de aquel hombre singularísimo es la movilidad, la aptitud para lo grande como para lo mínimo.—Tantas gestiones y esfuerzos no quedaron estériles. A poco fué llamado á Madrid para declarar en la causa del duque de Uceda, con su casa por cárcel, y á la postre salió el único absuelto y libre de cargo.

Lo que había conseguido ya era la indulgencia, mas no el favor, que se hacia esperar, y cuya llegada apresuraba Quevedo con gran derróche de ingenio y tinta.

Nuevamente alejado de la corte, y apenas salvado de las tercianas y las barberiles sangrías que estuvieron á punto de enviarle al otro barrio, sacó de su redoma al nigromante Villena para hacerle vaticinar, con el advenimiento de Felipe IV, el siglo de oro.

«Y en estos tiempos que ensarto
Veréis (maravilla extraña)
Que se desempeña España
Solamente con un *quarto*...»

El mismo deseo de calentarse al rayo del sol naciente dictó aquella bellísima y tan conocida *Epistola satirica y censoria*, comentario, en cincelados versos, de la pragmática relativa á la reforma de los trajes y supresión del lujo. Cuando un insigne poeta moderno español, D. Gaspar Núñez de Arce, habla de esta epístola como de un acto de independencia y suprema energía, diciendo que “la generosa musa de Quevedo se desbordó como un torrente, llena de denuedo viril, manifiesta lo que puede el espejismo de la imaginación, al considerar la obra de arte

aislada y fuera del ambiente y las circunstancias que la inspiraron; pues cabalmente la famosa sátira, lejos de ser

«Arranque de dolor, de ese profundo
Dolor que se concentra en el misterio»

ni mucho menos

«Cauterio
Que aplicó sollozando al patrio imperio
Miserero, desangrado y moribundo»

fué solamente, en sus propósitos, uno de tantos memoriales para lograr salir del confinamiento y entrar en Palacio y en la gracia del valido.

“El período—escribe Merimée—comprendido entre el primero y el segundo destierro de Quevedo, es una de las épocas más felices y brillantes de su vida. En condiciones tan propicias para desarrollar y exhibir sus cualidades como sus defectos, su ingenio, excitado por el aplauso, estimulado por la crítica, brota omnilateralmente, y pasa sin esfuerzo de los romances de germanía, juegos del vocablo y agudezas, á la poesía clásica;

del memorial histórico á las comedias.” Era entonces cuando á la posada de Don Francisco concurrían todos los grandes y príncipes de la corte; cuando no hubo señor en España que con extraordinarias demostraciones no le honrase. A esta época de Quevedo, en la corte de Felipe IV, es á la que suelen hacer referencia las anécdotas, rasgos, humoradas y chascarrillos, en su mayor parte apócrifos, donde juega papel principal el maleante, travieso y cachidiabólico hidalgo, “flor de socarrones,” según le llamaban sus enemigos.—Entre las malas notas que tenemos que dar á Quevedo durante su campaña cortesana, descuella la de haber abogado por el absolutismo monárquico contra las libertades forales, con ocasión del viaje regio á las provincias de Cataluña y Aragón. Al mismo tiempo andaba muy engolfado en disputar el patronato de España á Santa Teresa de Jesús, y mantenérselo á Santiago Apóstol: ardentísima controversia, en que gastó Quevedo no poco primor de pluma y gran re-

fuerzo de teológica erudición. "Si ha de decirse todo—añade Merimée—sospecho que el enemigo de las mujeres no pudo ver sin cierto despecho involuntario la apoteosis de una mujer, por noble que fuese, y este sentimiento asoma la oreja al través de sus protestas de admiración por la Reformadora del Carmelo." No es pequeña gloria, entre las glorias altísimas de Santa Teresa, la de haber puesto freno á la lengua del autor de *Su espada por Santiago*. El discípulo de los jesuitas hubo de contenerse y hablar de Santa Teresa con reverencia profunda.—De todas suertes, la gresca promovida por la disputa entre santiaguistas y terebianos fué tal, que por ella comenzó á palidecer nuevamente el astro de Quevedo. Eran el Conde-Duque y el Rey partidarios de la Doctora de Ávila: mas no debió de ser este el único ni siquiera el principal motivo del destierro de Quevedo, sino, como piensa acertadamente Fernández-Guerra, que los muchos émulos del poeta procuraron persuadir al favorito

de que la péñola del satírico no permanecería muda en medio del hambre y desorden general que ocasionaba la mala administración de la monarquía.—Quevedo fué confinado otra vez á sus señoríos de la Torre, pero el litigio del patronazgo estaba ganado: la Santa Sede confió al Apóstol del blanco corcel y la fulmínea espada, al Hijo del Trueno, la protección de las Españas: militares y no literarios eran nuestros númenes.

Por entonces comenzaba á templarse para el infortunio el ánimo de Quevedo. Con más conciencia y sinceridad que la vez primera aceptaba la soledad, y así escribía á su amigo Lucas Van Torre: "*Hic dierum vita producitur, horarum sensim labentium cursus aestimamus, pretium tempori ponimus, fames facili et abundantí cibi vincitur...*", que son las mismas ventajas materiales advertidas y apreciadas ya en su primer época de vida campestre; pero añadía: "refúgiome como en seguro puesto en la doctrina estoica, de miedo á que la adhesión á cosas acce-

sorias venga á turbar la tranquilidad de mi alma. „ Esta vez dice la verdad: Quevedo se aproxima al puerto, sin llegar á él todavía.

Vuelto á llamar á la corte, encontró oposición más recia y desencadenada que nunca. Había sembrado vientos, y cosechaba tempestades: había esgrimido la sátira y el libelo, y con sátiras y libelos le apedreaban sus enemigos. El desconocido licenciado *Laureles*—tal vez el mismo que con el nombre de *Avellaneda* ocupa un puesto no despreciable en nuestras letras, como sombra del cuerpo de Cervantes—le decía que ya era hora de recoger velas, de imitar á Lope y de no vivir “sacrílegamente”, y, al mismo tiempo, Pacheco de Narváez denunciaba sus obras á la Inquisición. Entre tanto él defendía la administración del favorito ó ridiculizaba á los cultistas, ensañándose con Góngora. Y mientras andaba envuelto en estas lides, y el irritado embate de sus émulos socavaba los cimientos de su fortuna, el capricho de una noble dueña—

la condesa de Olivares—preparaba á Quevedo el misógino, á Quevedo el mo-fador de la santa coyunda, á Quevedo el bufón contra el Sacramento del matrimonio, á Quevedo el *semicapro*, un hogar, un lazo eterno... ¡Quevedo iba á casarse! Creo que aquí bien podemos agregar la clásica frase: “capítulo aparte merece”.

